

Las uniones obreras

"Por Héctor Ricci."

Un soplo de confraternidad se desmenuza del producto, los laureles alza en los bosques de la vieja Europa y llega suavemente hasta nuestras playas; un aliento de vida parece difundirse entre las históricas ruinas de escudos y blasones, y afirmase orgulloso con bases más justas y más equitativas; y las noblezas abaten las hojas heráldicas de sus triunfos, para ceder el paso a la falange humana que lleva las blusas ennegrecidas por el humo de los talleres, y las manos callosas por el trabajo.

El obrero: he ahí el verbo de la fuerza y de la constancia; el incansable forjador de la materia, que la extrae para convertirla en vida, para aumentarle la utilidad de sus dones, o para crearlos a fuerza de tiempo y de paciencia.

Hoy el acercamiento forma la propiedad coercitiva del socialismo; el empuje de la industria moderna, el horizonte de las riquezas.

El obrero busca al obrero; el hermano se acoge al hermano en el trabajo, y ya juntos, en una compenetración de ideas y sentimientos, emprenden la lucha contra el medio; es decir, contra el aniquilador incansable que se complace en ser cruel con la clase proletaria.

Del obrero debe ser el porvenir; del obrero deben ser las pri-

del trabajo.

El músculo canta en cada contracción un himno a las artes; la frente brota perlas honoríficas inclinada sobre los bloques de piedra; las manos formulan una oración cuando se contraen como garfios, y aprisionan la materia bruta, ora doblando el hierro hecho ascua, ora cincelando las formas en el mármol; y en las pupilas se percibe el aleteo de una anunciación bendita, mientras en el cerebro fluye la idea enérgica, pura y palpitante como la frase bíblica.

Pero es necesario colmar las condiciones que exige el medio: constancia en la producción de actividad material; fuerza en el espíritu para no dejarse vencer por las marejadas de la suerte; y acercamiento de los unos a los otros para que la resistencia que se oponga sea cada vez más poderosa; y el choque, si bien más violento, quebrante menos el agregado de las partes.

Las uniones obreras tienden a extenderse, y a formar la opinión pública de los Estados Modernos; han dejado de ser los esclavos de la edad medioeval, para transformarse en el factor poderoso de la civilización, siendo la causa determinante del progreso de los pueblos.

El Maestro

El Maestro como el Mesías de la leyenda, viene desde muy lejos; trae en su diestra al niño y guarda para él glaucas ilusiones y risueñas esperanzas. El maestro es el buzo psíquico que penetra en las profundidades craneanas para llevar la idea donde existe la noción y para inculcar la verdad en donde germina el mito.

El maestro tiene cerrados los oídos a la diatriba y la calumnia, y abierto el corazón al amor y a los ensueños.

Es el sacerdote que oficia desinteresado en el altar propiciatorio de la escuela.

Su labor es ardua, su obra colosal, y cuando el mundo lo desprecia, baja la cerviz y espera el rocío del cielo, el consuelo que brinda a las conciencias el cumplimiento del deber.

Vive para la niñez; y el murmullo de los voces infantiles le hacen olvidar las duras asperezas del camino, porque, como Cristo, tiene que atravesar un calvario.

De todos los profesionistas es el peor remunerado y el menos comprendido.

Precisa ser maestro para comprender sus anhelos y apreciar sus penas; precisa ser maestro para saber sus sinsabores y las penas a que están sujetos los maestros, seres cuya misión es correspondida con la ingratitud y muchas veces con ignominia.

El maestro engendra aspiraciones y despierta sentimientos; vierte en el moldeable cerebro de los niños, raudales de luz y la luz es la verdad, es hacerlos aptos para cruzar seguros el infructuoso vericuetto de la vida.

El maestro es el agricultor intelectual que en los surcos cerebrales coloca el grano y lo prepara para que fructifique.

Vedlo ahí, cabe los duros bancos de la escuela, unas veces sonriente, otras penoso y siempre haciendo esfuerzos inauditos para inculcar el bien, para destruir el error, en tanto que la vulgaridad lo ve con lástima sin saber apreciar la magnitud de su obra gigantesca.

Cuando pienso en los maestros, en sus penalidades y sufrimientos, recuerdo a Melchor Ocampo que preguntaba: ¿Hasta cuando se apreciará más al hombre que mata que al hombre que enseña?

H. Henández.

HIMNO DEL OBRERO

Alfonso Espino

*Del trabajo la luz redentora
es de bienes principio inmortal:
quien su blanca bandera tremola
halló vida y halló libertad.*

*Del taller, en el campo fecundo,
no florece maldad opresora;
fulge en él una espléndida aurora
que al obrero hace grande y feliz.*

*Donde hay pueblo que activo trabaja
no nacieron jamás los esclavos:
pueblo es ese de indómitos bravos
que ennoblece el trabajo viril.*

*Loor eterno al trabajo bendito,
que al obrero hace un Dios, porque crea;
que transforma en ave de la idea
contra el genio irascible del mal.*

*Guerra al ocio, que es germen de vicios,
de amarguras y eternos dolores:
que las zarzas se tornen en flores
del trabajo al impulso tenaz.*

*No más lucha! El cañón fratricida
que los campos destruye en la guerra,
convertido en arados, la tierra
abra en surcos con paso triunfal.*

*Y huirá, cual la noche sombría,
la miseria, que cubre de duelo
los hogares... trabajo es consuelo
que en sus alas nos lleva hasta Dios.*

*Si, el trabajo, cual numen celeste,
a los pueblos redime y levanta;
y es el himno de gloria que canta
el obrero al excelso Hacedor!*

PARA EL PUEBLO

Por Roberto Lamennais

Ya os lo he dicho: vuestro derecho sois vosotros, y vuestra vida y vuestra libertad. Cada hombre, ¿no es, individualmente, distinto de los demás? ¿No tiene su existencia propia, independiente, sus órganos corporales, su pensamiento, su voluntad? No existiría si no fuera él y únicamente él.

De modo que, conservarse, desarrollarse, según sus leyes particulares, en armonía con las leyes universales; poseer plenamente el nombre de Dios y disfrutarlo por completo, es lo que constituye el derecho, fuera del cual no hay orden, progreso ni existencia; y el derecho, por tanto, tiene para cada uno su raíz en su mismo ser.

Así el derecho, en lo que tiene de primitivo y de radical, es inalienable. ¿Es posible imaginar que nadie pueda enagenar su ser, darlo a otro, posesionarse de él? Se puede, se debe, algunas veces, morir por el hermano; pero no se puede ni transformar en nosotros al hermano ni transformarnos en nuestro hermano.

El derecho de conservación, o el derecho de vivir, implica el derecho a todo lo que es indispensable al mantenimiento de la vida. El Autor del universo no ha hecho al hombre de peor condición que los animales; éstos ¿no están todos invitados al rico banquete de la Naturaleza? ¿Ha sido excluido uno solo de ellos? En el átomo líquido en que se mueve, como la ballena en el Océano, el insecto imperceptible, la Naturaleza ha depositado el alimento necesario a su subsistencia, y ella también extrae del seno inagotable de la madre común la gotita de leche que distribuye, a medida de sus necesidades, a toda criatura.

Pero el hombre, más elevado que ninguno de ellos, tiene dos clases de vida, la vida del cuerpo y la vida del espíritu: "No solamente vive de pan, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios"; es decir, de la verdad, que nutre su inteligencia. ¿Qué sería de él sin el conocimiento de la

ley religiosa y moral, que le une a Dios y a sus semejantes, que le separa del bruto por el sublime privilegio de la verdad?

Alumbrado por la luz que brilla eternamente en el seno del Ser infinito, y que es El mismo, descubre lo que no pasa ni cambia, la verdad inmutable, las ideas, los modelos eternos de todo lo que es y de todo lo que puede ser.

Y si, desde esa altura, desde donde contempla sus propios destinos, que ningún tiempo limita, en donde la esperanza despliega en la inmensidad sus infatigables alas, en donde siente en sí mismo una fuerza secreta que le eleva por encima del tiempo, como un cuerpo ligero sube del fondo de los mares; si desde esa altura no desciende al angosto valle, en donde se realiza la primera fase de su existencia, ¿qué será de él sin la ciencia, que instruyéndole en las leyes de la Naturaleza, la somete a su imperio, dedica a sus usos todas sus producciones, le arma de su potencia más enérgica para domarla y obligarla a obedecer su voluntad dilatando, en fin, más y más la esfera de su acción, ensanchando indefinidamente la de la inteligencia?

Ha dicho a la tierra: Haz germinar esta planta en tu seno. Y la planta germina, para que su fruto le alimente.

Ha dicho a los vientos: Transportadme a las extremidades del mundo. Y los vientos, dóciles, le depositan en la costa deseada.

Ha dicho al vapor: Ejecuta el trabajo de mis brazos; préstame tu fuerza tan prodigiosamente superior a la mía. Y mientras él descansa, esta fuerza ciega realiza con una regularidad maravillosa lo que su pensamiento ha concebido.

El conocimiento, pues, de la ley religiosa y moral, y el de las leyes del universo: tal es la vida del espíritu; y todos tienen derecho a este conocimiento. (Pasa a la última plana)

La fiesta de los difuntos

Ninguna fiesta durante el año es tan concurrida como la que celebramos en recuerdo de nuestros queridos muertos. Nada nos conmueve tanto y tan profundamente, como la enorme peregrinación que durante los días de finados y en interminable desfile se dirige al Camposanto, en medio de silenciosa resignación, en los primeros pasos para recorrer el camino de esta vida.

Enorme es la cantidad de flores que durante los días de finados se emplean para rendir tributo a nuestros eternos ausentes y es notable el arte desarrollado en la ejecución de los trabajos que al presente se usan.

En EL INVERNADERO de Anderson se manufacturan verdaderos prodigios en artículos de arte y simbolismo. Nada tan bello y barato como los mil diferentes trabajos en flores y plantas hechas en



tregada al dulce recuerdo de aquellos seres que en el transcurso de la vida se separaron para siempre de nuestro lado, dejando grabadas en nuestro corazón y en nuestra mente impresiones y recuerdos que jamás se olvidarán.

Talvez el sér amado voló al infinito cuando apenas ensayaba en plena juventud por la insaciable segadora, cual tierno árbol derribado prematuramente por tempestuoso vendabal... o quizá cuando doblaba ya su espalda al peso de los años y cubierta la cabeza por la nieve de la vida, bajó a la tumba en busca del eterno descanso.

El Invernadero

LOS CULTIVOS SON LOS MAS GRANDES DE CENTRO AMÉRICA

SUCURSALES:

CARTAGO, Don Nicolás Casasola. HEREDIA, Don Juan Pacheco. ALAJUELA, Don José Figueredo.

Antes de hacer sus pedidos sírvase pasar al INVERNADERO, donde encontrará objetos fúnebres baratísimos, desde 2 colones en adelante.

De El Salvador

La Sociedad "José Matías Delgado" de San Salvador, en la velada que celebró en conmemoración del 15 de Setiembre, inauguró EL HIMNO DEL OBRERO que con gusto reproducimos.

A preparar los trajes para estrenar en las fiestas.

Habrán fiestas, si señores, hay fiestas; donde ARTAVIA, los que quieran ser elegantes, si señores, acudid a la famosa

Sastrería Gonzalo Artavia